

La violencia escolar

Ángel Barahona Plaza

Doctor en Filosofía, Pedagogo, Profesor de E.S.

Una antropología de la violencia

La «*violencia*» es un término que proviene de una raíz indoeuropea que remite al concepto de vida (bios-biazomai-vivo-vis: vida, fuerza, energía, etc.). Esta referencia etimológica nos da una visión positiva de la violencia que se debería reservar para aplicarla a la *agresividad*, como nos sugieren Lorenz (*On agresión*) y Tournier (*Violencia y Poder*). «*Agresividad*» toma un cariz positivo, así por ejemplo, Carlos Díaz, (*La razón dialógica*): «...la presión motriz dirigida a dominar el entorno. Potencia la afirmación de uno mismo sin dañar al otro, forma parte de nuestra personalidad». Mientras que *violencia* se utiliza comúnmente para señalar el magma conflictivo, irascible, impetuoso, iracundo, injusto, exasperante, mimético y brutal en el que se mueven las relaciones entre los hombres. Todos estos sinónimos configuran la descripción del concepto de violencia. En todos y cada uno de ellos, pero es más que su simple suma. Hoy «violencia», tal vez por su contexto de uso, se ha impregnado de negatividad.

La violencia, en su origen, es un factor generador y estructurante de las sociedades humanas. Se trate de violencia física, verbal, ideológica, sutil o descarada, ésta se encuentra omnipresente en todas las relaciones interindividuales.

En el ámbito escolar se da una forma de violencia específica que se denomina técnicamente «bullying», y que podríamos traducir de momento por «violencia entre pares».

La violencia entre pares

A la luz del informe del Defensor del Pueblo y del Informe SIAS, se pueden sacar una serie de conclusiones preliminares claves para la comprensión del problema del *bullying*:

- Que hay unas claves psicogenéticas para encontrar una explicación a la violencia (Rojas Marcos, 1995).
- Que el maltrato entre iguales es una expresión más de un mecanismo más amplio que podríamos denominar de «victimación» (Olweus, 1993) o de «chivo expiatorio» (Girard, 1982).
- Que los esquemas tradicionales de culpabilización en el análisis: la clase social de pertenencia, la economía familiar, no sirven en este ámbito.
- Que hay diferencias de género, y de edad, y que si hay estancamiento en este tipo de comportamiento, es generador de precriminalidad en el violento y de psicopatología en la víctima.
- Que estas relaciones «tienen un aliado siniestro en la intimidad entre la víctima y su verdugo y en la clandestinidad en la que con frecuencia se producen».
- Que tiene el carácter de una «guerra» en la que entran en disputa bienes escasos (Dupuy, Dumouchel, 1992 y Smith y Sharp 1994).
- Que es un «buen reflejo de la sociedad y que no está nada clara la moral real (la razón vital) que la escuela propone a sus alumnos».

- Y, por último, que la personalidad se construye imitando modelos.

Desde la *sicología mimética*, que vamos a seguir fielmente en este breve análisis, estas conclusiones se nos hacen ciertas y aún más explícitas: Las relaciones humanas aparecen ante nuestros ojos como naturalmente apacibles, y las manifestaciones violentas de estas relaciones como algo absolutamente extraño, raro, y ocasional. Pero la *sicología mimética* nos dice todo lo contrario, que las relaciones humanas son normalmente conflictivas, competitivas, violentas y sólo, ocasional y esporádicamente, tranquilas o no conflictivas. ¿A qué se debe esta violencia natural?

El deseo está en la base de esas relaciones. Ahora bien, frente a la opinión vulgar o generalizada, las relaciones conflictivas entre los sujetos humanos no son ni espontáneas, ni directas, ni determinadas siempre por los objetos en litigio, sino *mediadas*, triangulares y a veces desobjetualizadas. La mayoría de las veces el objeto en disputa tiene un carácter *metafísico*: se lucha por el orgullo, el prestigio, el honor, por una mirada mal interpretada, por un nombre, una idea, ¡por nada! Puede ser una persona, una cosa, un territorio, pero la rivalidad en la infancia y en la adolescencia es en gran parte carente de contenido empírico, es posicional, de prestigio, disfrazada de celos, alianzas, pertenencia a un grupo...

Este *deseo* humano es de carácter *mimético* y este es el punto de partida de nuestra breve digresión. ¿Qué quiere decir *deseo mimético*?: la imitación del deseo de otro, copiar el deseo de otro por un objeto. Ese deseo es potencialmente violento porque puede, y a menudo lo hace, abocar a los participantes en ese triángulo del deseo hacia la rivalidad por la posesión de un mismo objeto en competencia, o de un algo de categoría metafísica. Cuando el deseo mimético es adquisitivo —apropiativo— produce conflicto violento inexorablemente en su nivel básico. El objeto del deseo puede ser una persona o un objeto.

El deseo es imitativo porque es atraído por un objeto que pertenece a otro, más aún, es activado por el deseo de otro, que puede ser una sola persona o todo un grupo, pero es una condición necesaria que el sujeto deseante tenga acceso al objeto o sea capaz de apropiárselo, de arrebatár-

selo al modelo que lo ostenta como un trofeo o como algo de su propiedad.

Triangular en su estructura —es decir, un *sujeto* desea un *objeto* porque le es señalado por un *modelo*— la distancia entre el sujeto (persona o grupo) y modelo (persona, grupo o una sociedad entera) es muy importante. Y no se trata sólo de una distancia física, espacial, sino también psicológica: raza, posición socioeconómica, estatus cultural. Como también es importante que los sujetos sean capaces de verse a sí mismos en la posición del modelo de deseo. Ambas condiciones hacen posible que la rivalidad y los celos se desaten entre los semejantes, los cercanos: jóvenes contra jóvenes, esclavos contra esclavos, trabajadores contra trabajadores, alumnos contra alumnos, hermanos contra hermanos, y mucho menos frecuentemente entre individuos muy diferentes —otro tópico de la sociología del conflicto—, entre jóvenes y viejos, o esclavos y amos, trabajadores y jefes, o entre hijos y padres. Es por eso por lo que podemos adelantar que la violencia es más *intra* (racial, generacional, grupal) que *inter* (racial, generacional, grupal...)

La *mediación del modelo* puede ser de dos tipos según Girard,¹ *interna y externa*: la primera, cuando la distancia entre sujeto-modelo es descrita en términos de proximidad (por ejemplo cuando el sujeto imita a un modelo real con el que se tiene mucha relación y muy cercana... padre-hijo; el hermano mayor y el siguiente; un par de amigos); y segunda, cuando el modelo está más allá del alcance de su imitador, por ejemplo, cuando se imita a un modelo de ficción, una estrella del fútbol, o un Amadís de Gaula —por parte de Don Quijote— que puede llevar al sujeto imitador a perder el sentido de la realidad. Mediaciones estas a las que Fred Smith (Emory University) añade la *intramediación*, noción construida sobre el concepto de «double-consciousness» de W.E.B. Dubois y de «identidad negativa» de Eric Erikson, así como del concepto de «opresión internalizada» de Paulo Freire: el modelo no es tan externo que sea inalcanzable para el rival imitador, ni tan cercano, ni tan dentro del mismo mundo como lo está el sujeto deseante, sino que la distancia es tal que le permite convertirse en obstáculo de sus deseos. El plano de la relación sujeto-modelo desaparece porque sus diferencias han sido interiorizadas y el sujeto desarrolla una doble conciencia basada

sobre un deseo dual: el derivado de mi propia perspectiva y la interiorización de la perspectiva del otro.

El sujeto «interioriza» la visión del modelo porque le atribuye la apariencia de invulnerabilidad, magnifica, idoliza su perspectiva como mejor que la suya, o de éxito asegurado (P. Freire: «las clases oprimidas tienen una creencia mágica difusa en la invulnerabilidad y el poder del opresor»). Y lo mismo dice Franz Fanon acerca de los sentimientos de los colonizados hacia los colonizadores y de los chicos victimizados hacia sus verdugos.

Gregory Bateson, con relación a la teoría de la esquizofrenia, aporta una noción vital para la pedagogía y para el análisis de la violencia, que nos va a permitir dar un paso más: el «double bind»... el sujeto es incapaz de interpretar correctamente el doble imperativo que viene del modelo: «tómame como modelo, imítame —pero no te conviertas en mi rival, por tanto, no me imites—. Si mi me imitas... no podrá dejarse de suscitar el conflicto violento». El tema de los dobles-antagonistas, que dirimen su conflicto en la intimidad y en la mutua dependencia, es el primer paso hacia la rivalidad pública y violenta. El verdugo depende de la mirada de la víctima para reconocer en ella su carencia de ser y la víctima —queriendo poseer la invulnerabilidad del verdugo— se acerca demasiado, tanto, que se expone al maltrato del abusón prepotente.

Girard contempla este esquema en el contexto de los mitos que operan como un velo, enmascarando la verdad de la violencia simétrica que conduce a los fenómenos de «chivo expiatorio». La sociología contemporánea, influenciada por la escuela de Chicago, muestra como las interacciones sociales son verdaderamente lenguaje ritual. *Juego y ritual* son términos antropológicos, pero su carácter simbólico no les impide ser canalizadores por excelencia de la violencia —lo simbólico es violento, también. Los grupos humanos se imitan, sus relaciones de reciprocidad, envueltas en un velo de *méconnaissance*,² ocultan su miedo a autodestruirse en una rivalidad sin fin (la venganza, una vez desatada no tiene más fin que la destrucción) evacuando la violencia de todos contra todos, imitando la violencia del otro, en un *todos contra uno*, que es la típica consecuencia de las simetrías sociales conflictivas. Véase los sucesos *mob* de

Lorenz o *crawn*, los conflictos como el de El Ejido, el papel del árbitro en un partido, o los conflictos de una minoría dentro de una mayoría social.

Los conflictos entre grupos marginales de distintas características pueden ser contemplados como un desplazamiento de la violencia sufrida a manos del sistema en persecución del mito que el propio sistema genera. La violencia ejercida por un sistema de «castas» que limita las oportunidades y fomenta el auto-odio (por frustración, incompetencia, fracaso familiar, escolar...) es dirigida mecánicamente hacia la víctima más cercana y accesible. Así la rabia del deseo frustrado (mimesis conflictiva), que debería ser dirigida directamente hacia el Sistema que les oprime, es redirigida en su lugar hacia los miembros de la misma «casta», grupo, o clase social... (corroborando los estudios psiquiátricos de Rojas Marcos: *Las semillas de la violencia*, 1995).

Hemos visto que el mediador puede ser el modelo del deseo en la *mediación externa*, o el obstáculo del deseo en la *mediación interna*, o el ídolo del deseo en la *intramediación*. A medida que el plano del modelo se acerca al plano del sujeto-objeto, el modelo gradualmente se convierte en obstáculo, engendrando el «double bind». El sujeto quiere vencer al obstáculo y ser vencido por el modelo, porque el modelo certifica el valor del objeto, mientras que el obstáculo contesta la posesión de él. Los ídolos comunican el valor del objeto y el sujeto, mientras que, al mismo tiempo, prohíben la rivalidad con el modelo. Esto deja al sujeto con una angustia existencial que se torna en una rabia que puede destruir a los otros tanto como a uno mismo. El fenómeno *bullying*, en el fondo, es un simple apéndice del síndrome de *chivo expiatorio*. Olweus 1993, *in* p. 77, SIAS: «el maltrato entre iguales se ha definido como un comportamiento de prepotencia, abuso, falta de consideración, marginación o agresión de unos escolares hacia otros, sin causa justificada, que se repite en el tiempo, causando un verdadero *proceso de victimación* en el escolar que es objeto del mismo».

El escándalo que genera esta relación deriva de que el rol del modelo y el rol del obstáculo son desempeñados al mismo tiempo y por la misma persona o el mismo grupo. El deseo mimético ama y odia a la vez. Necesita el obstáculo porque su obstrucción crea el valor. (Cf. *El*

hombre del subsuelo, Dostoyevski) La *intramediación* es escandalosa porque un «dios» o un «ídolo» se convierten ambos en modelo y obstáculo. La condición del escándalo es inestable. No es posible manipular la mimesis de tal forma que se mantenga esta conciencia dividida para siempre. Esta relación amor-odio eventualmente se torna en envidia, y por tanto en odio y posteriormente en furia. Así, la progresión de la mimesis en las comunidades oprimidas, o en los grupos de jóvenes, a menudo procede de una mediación externa (querer ser como) o envidia, hacia una mediación interna (querer conquistar al rival), u odio, hacia el escándalo que produce el rival en el sujeto (querer destruir al rival internalizado) o rabia. En los grupos humanos marginales de distinta índole el rival es internalizado a menudo. Por tanto, la progresión conduce de la mimesis a la envidia, al odio, al auto-odio, a la rabia o furia.

Durante la *rivalidad metafísica*, se hace posible una sustitución porque hay una pérdida del objeto. Por lo tanto, el conflicto apasionado sobre objetos triviales o insignificantes tales como unas deportivas, o una forma de vestir, o un signo de identidad de un grupo respecto de otro grupo (el caso de unos niños de los barrios marginales de Nueva York que mataron a otro por robarle sus NIKE), o una cazadora dejada expresamente para provocar el deseo de otros y suscitar una pelea mortal —caso del Camp Nou en Barcelona—, un paquete de tabaco, o una mirada provocadora —el caso de los skins y el punky de la calle Barquillo en Madrid—... una transgresión de un protocolo interno de la vida urbana, puede conducir a la violencia por una simple búsqueda del respeto (en bandas callejeras, o grupos de todo tipo: los chicos de Denver) reconocimiento o reputación. Valores metafísicos, muchas veces inapreciables para observadores externos, que dan miles de razones ideológicas o políticas, cuando sólo hay detrás un comportamiento mimético, y que justifican cierto nivel de violencia por la más pequeña de las razones en nombre de una ilusoria virilidad; o comportamientos meramente miméticos derivados de la copia de un modelo virtual, lúdico, etc. (el caso del chico de la catana que mató a su familia imitando al protagonista de *Final Fantasy*, o los asesinos del juego de rol que se identifican con sus personajes).

Más tarde el resentimiento se contempla como la esencia de la cultura de la victimación porque hace del «yo» una víctima. El resentimiento es el más poderoso ingrediente de los conflictos modernos de tipo identitario, nacionalista. Que genera un verdadero *lobby* victimario: el terrorismo, que mata en nombre de las víctimas.

La dificultad del análisis de los fenómenos de chivo expiatorio estriba en, como dice Girard, (1987a, 79) que «todos nosotros podemos observar y denunciar numerosos ejemplos de chivo-expiación que personalmente hemos contemplado, pero ninguno puede identificar, ni en el pasado ni en el presente, instancias de nuestra propia implicación en una chivo-expiación. La chivo expiación nunca es tal cuando nosotros estamos involucrados. En orden a su propia función y eficacia debe permanecer no-consciente, mantener nuestra implicación en estructuras sociales que buscan perpetuar la cultura del deseo. Es un mecanismo no-consciente pero tampoco inconsciente, está sometido a la «méconnaissance», para la teoría mimética el inconsciente freudiano no existe, no es más que proyecciones de comportamientos de los otros que han configurado nuestra imitativa personalidad y que afloran a la memoria constituyendo un apartado de la personalidad; se podría resumir como: «sé pero no quiero reconocerlo».

Este mecanismo sirve para evacuar la violencia contra el grupo dominante, o contra el modelo, encontrando un chivo expiatorio que carga con las frustraciones o las culpas de todos. Frente al «todos contra todos», el «todos contra uno» es una buena medida higiénica y socialmente bien acogida a lo largo de la historia de la humanidad. La cultura dominante debe encontrar un chivo expiatorio (una víctima propiciatoria de la violencia mimética conflictiva) sobre la cual la multitud (los rivales miméticos unidos unánimemente) pueden hacer un *transfer* de violencia de sus propias rivalidades miméticas. Si el chivo expiatorio es asesinado... por medio de un segundo *transfer* la víctima salva a la sociedad absorbiendo su violencia.

Los fuertes descargan sobre los débiles, era el lema de la sociología hasta el día de hoy en el que se descubre la rebelión de las víctimas: los débiles descargan sobre los fuertes —caso del chico de Almería que imitaba a su héroe del juego *Final Fantasy*, de los chicos de Denver, o de

las reivindicaciones de los antes marginales, a través de la vía de lo «políticamente correcto» o de «affirmative action».

En todas estas actitudes, como en la del fenómeno *bully*, se trata del tira y afloja de dobles antagonistas que se encuentran enfrentados por la doble interacción mimética, por la «rareté» (la singularidad, la rareza, incluso metafísica) de los objetos en disputa, y con la única diferencia de que el abusón (*bully*) juega con la ventaja de ser el más fuerte.

El objetivo de la educación: La integración del tercero excluido

La tensión entre el yo y el nosotros

La *sicología* terapéutica actual es una ayuda inestimable para el hombre pero no es difícil percibir que nos deja frente a frente con el yo, y encastados en el yo. No hay escapatoria: puede iluminar el problema, darle forma, estructurarlo, pero a la hora de la verdad exige un plus de voluntad, de fuerzas, ante las cuales el propio yo se siente impotente. ¿De qué sirve enfocar una luz potente sobre una herida si no tenemos más instrumentos para curarla que nuestras propias manos? Despeja el dolor que nos causan las relaciones con los otros, desenmaraña las ligaduras del yo entrelazado con los otros «yo», pero a la hora de la verdad, el terreno acotado de selva es una calva que aumenta nuestra sensación de peligro, de inseguridad, y de soledad. Con el descampado a nuestro alrededor se siente aún más el miedo a la invasión, a la relación con los otros *yoes*.

La *sociología* nos ha hecho comprender que nuestras relaciones con los demás conducen siempre a un callejón sin salida: nuestra cohesión tribal, grupal o nacional, depende siempre de la «exclusión del tercero». Pero esa exclusión del tercero, que de momento nos trae paz, nos deja con una nostalgia del «nosotros» que nos impide celebrar la fiesta, que el «sacrificio» de la víctima, su sangre —signo inequívoco de comunión (es el relato mitológico de la historia de la humanidad, por excelencia: todos hemos participado de ese asesinato, todos somos inocentes, hemos expulsado de entre nosotros al culpable que interferiría en nuestra relación)— podría traer, porque inmediatamente que culminamos

el asesinato, real o simbólico, se despierta en nosotros —los vivos— una sensación de inseguridad cifrada en la sospecha de que mañana la víctima puedo ser yo, y en la certeza de que el valor de ese asesinato cada vez es menos eficaz, que se necesitan cada vez más víctimas para conseguir efectos menores. Véase la historia.

Forma parte de lo cotidiano, pues, el que nos encontremos entre dos extremos: uno, en una íntima soledad, intocable, encerrada en mundos interiores que giran en torno al trabajo, a la casa, la televisión y el ocio, que apenas incluye un lugar para los demás, prisioneros del yo. Y, otro, centrado en un grupo o sociedad, idea, etc., que aglutina, condensa casi todas sus expectativas, pero que a duras penas deja lugar a la intimidad. Pero el hombre no puede mantenerse en esa tensión desgarradora por mucho tiempo sin que se rompa la cuerda: cada vez las enfermedades del yo son más numerosas y cada vez los mecanismos de expulsión, más sofisticados y menos eficaces para lograr la cohesión comunitaria.

Nada puede justificar la auto-exclusión del «nosotros» por parte del «yo» —en la que no podemos vivir de forma equilibrada, como un pez no puede vivir fuera del agua si no es con métodos artificiosos y con pérdida irreparable de su calidad de vida. Nada puede justificar la *hetero*-expulsión del «yo» por parte del «nosotros». Nada puede justificar en el mundo la exclusión, el sacrificio, de un tercero en discordia.

Si la *expulsión del tercero*, el mecanismo de chivo expiatorio sobre el cual descargar nuestras tensiones, frustraciones, nuestras carencias de ser, es la forma más común de cohesión del grupo por la violencia, la *integración del «tercero»* tendrá que ser la única norma en cuyos términos se puedan criticar o realizar valores educativos o convivenciales, fundamentar un orden social con visos de futuro, generar una *comunidad* auténticamente humana.

En la integración *interlocucionaria* y relacional del *tercero excluido* reside el valor supremo de la educación, y es lo que nos dirige directamente a la noción de persona. El concepto de persona ha sido explorado en muchos campos disciplinarios (teatro, ley, gramática, filosofía, teología, etc.), pero necesitamos una «antropología relacional» del lenguaje, como la disciplina más adecuada para dar cuenta de los resultados en esta investigación.

Una antropología que ponga en evidencia el origen mimético de nuestros conflictos para que, una vez conocida su estructura mecánica y estereotipada que nos aboca al conflicto, a la expulsión, a la acusación, al insulto, a la descalificación y hasta al crimen, puedan preverse sus consecuencias. Es justo lo contrario de la vieja estructura antropogenética de la cohesión y de la inclusión del grupo basada en la exclusión del tercero.

Agustín, que trabajó durante muchos años en *De Trinitate*, es claro en este tema: Así como la persona es conceptualizada de acuerdo con un modelo de relación de intersubjetividad triádica, —basada en el modelo trinitario— en la que cada uno contribuye a la definición de uno mismo y del otro, por participación en una dinámica que produce significado, sujetos auténticos, e instituciones equitativas (véase Ricoeur, *Le Soi comme un autre*), también, *la persona*, es el resultado intersubjetivo de un proceso intersubjetivo de identificación, de cada uno con el otro. Siguiendo la noción clásica de persona, se puede decir que cada uno debe ser tratado como persona en la medida en que es llamado a ser «uno» y a entrar en relación con otros «unos».

En este sentido, este modelo requerido de intersubjetividad y subjetividad puede ser reevaluado por una antropología relacional llamada a asentar una auténtica ciencia de lo humano. Específicamente su tarea futura reside en aportarnos una revalorización del sujeto social.

La persona es un *ethical value*, pero también un *practical value* (Illich): la persona se genera durante y al final del proceso de personificación a través de los juegos del lenguaje y de la práctica interlocutoria y simbólica en la que el sujeto se ve envuelto.

Además, la persona es también un *valor cognitivo*. De hecho, su significado será todavía más efectivo y su cognición todavía más grande en proporción a la sinceridad del diálogo. Ahora el diálogo (auténtico o real) está condicionado por el intersubjetivo. Es decir, sujetos que hablan del origen de sus deseos, de sus conflictos, de la fuente de sus conflictos pueden colaborar a atajarlos.

Pero, sobre todo, la persona enmascara a un *ser mimético*, y, si la violencia que es capaz de generar esta condición antropológica procede de los modelos que toma como referencia para su comportamiento, la educación debe neutralizarlos y proponer otros, debe desenmascarar aquellos que se esconden detrás de esos comportamientos y trabajar en un proyecto común de la comunidad educativa para generar otros, que si no logran evitar sus brotes espontáneos de violencia, por lo menos neutralicen sus efectos, mediante la comprensión de sus procesos antropogenéticos.

Bibliografía

- Barahona, A., «Educación, mimesis, violencia y reducción de la violencia», Rvt. *Bienestar y Protección Infantil*, 1998; 4: 222-230.
- Informe del Defensor del Pueblo.
- Informe SIAS.
- Díaz Aguado, MJ., (Dir) «Programas de educación para la tolerancia y prevención de la violencia en los jóvenes», Instituto de la Juventud, 1999.
- Fernández, I., Prevención de la violencia y resolución de conflictos. El clima escolar como factor de calidad, Narcea. 1998.
- Ortega Ruiz, R., Las malas relaciones interpersonales en la escuela: estudio sobre la violencia y el maltrato entre compañeros en segunda etapa de E.G.B. *Infancia y Sociedad*, 1994: 27:-28: 191-216.
- Ortega Ruiz, R., «Los derechos de los niños y las niñas y la violencia entre iguales en el ámbito escolar». *Informe SIAS 2*, Sección de pediatría Social 1999: 115-123.
- VV.AA «Violencia y Juventud». Instituto de la Juventud, *Revista de estudios de juventud*, 1998; 42.
- Simon, A., «Les masques de la violence». *ESPRIT*. n° 429. Nov., 1973.
- Girard, René, *El Chivo expiatorio*, Anagrama, Barcelona, 1986.

Notas

1. Antropólogo de Stanford University y autor de numerosos libros en torno a la violencia traducidos al castellano por las editoriales Anagrama, Gedisa, Sígueme, Encuentro.
2. Sé, pero hago como si no supiera.